

¿Vía crucis o resurrección?

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 22.03.08

Recuerda Montaigne, en el libro II de sus ensayos, que las enfermedades afectan también a los estados y gobiernos. "Reinos y repúblicas nacen, florecen y se degradan a causa de la vejez como nosotros". No es extraño que Jordi Pujol manifieste su preocupación por la disolución de Catalunya. Se refiere, claro está, a una determinada idea de Catalunya. Puesto que la Catalunya real, disuelta o no, aumenta su población y sigue prosperando. A pesar de que tal prosperidad también causa heridas: degradación territorial; escasez de agua y energía; audible disminución del papel de la lengua catalana. ¿Era posible, después de cuarenta años de franquismo, con los enormes cambios que había vivido Catalunya, recuperar el hilo perdido del noucentisme y retomar, a la manera de fray Luis de León ("Como decíamos ayer..."), el ideal de aquella especie de Suiza mediterránea, de aquel sueño de una Catalunya laboriosa, ordenada, próspera, autorreferencial y culturalmente homogénea, que Prat de la Riba, D'Ors, Fabra y compañía imaginaron hace cien años? Pujol no salvó el sueño, pero consiguió rescatarlo y prorrogarlo hasta hoy. Fue la tarea de un gigante de la política. Aunque le ayudaron a conseguirlo los dirigentes de la izquierda, que compartían, si no el sueño, sí los referentes históricos y culturales de los que se alimentaba. Pero una prórroga es una prórroga: finaliza.

El sueño de una Catalunya redonda puede continuar siendo muy sugestivo. Lo es para una parte no despreciable de la sociedad catalana, que, sin embargo, tiende a convertirse en minoría. El tiempo y la demografía corren en contra del sueño. ¿Qué hacer? ¿Darse una y otra

vez golpes contra el muro de la realidad? ¿Frotar la herida con el vinagre del resentimiento? La frustración puede ser un ingrediente político muy efectivo. Pero no parece muy sensato empujar a las clases medias - las que han apoyado el pujolismo- hacia el precipicio del resentimiento. Como se ha visto en las elecciones, la gente, incluso cuando la realidad es muy desagradable (*emprenyadora*), escoge el optimismo. Nunca las sociedades se lanzan conscientemente al abismo del llanto y el crujiir de dientes.

Decíamos que Catalunya prospera. No sin dificultad, ciertamente. Está perdiendo el control de su economía y tiende a provincianizarse. Tal diagnóstico - esbozado en el acto de IESE del pasado año- no es idealístico: responde a los intereses en juego. Y puede ser compartido por los que creen en el sueño noucentista, pero también por los catalanes más españolistas y por los acatalanes. La Catalunya real tiene algo que defender en común: la prosperidad. La revisión ideológica del nacionalismo podría empezar por ahí. Un nuevo relato: aceptar el fin del viejo sueño y construir uno nuevo a partir de la defensa de los intereses reales. A pesar de la capacidad sugestiva del vía crucis, es la promesa de la resurrección lo que da sentido a las creencias.